

«Una apasionante lectura sobre las fuerzas que impulsan la originalidad.»

Adam Grant, *The New York Times*

Los hábitos secretos de los genios



¿Qué rasgos se esconden
más allá del talento
y el coeficiente intelectual?

PENÍNSULA

Craig Wright

Los hábitos secretos de los genios

¿Qué rasgos se esconden más allá del talento
y el coeficiente intelectual?

Craig Wright

Traducción de Matilde Schoenfeld

Título original: *The Hidden Habits of Genius. Beyond Talent, IQ, and Grit, Unlocking the Secrets of Greatness*

© Craig Wright, 2020

Publicado por acuerdo con Dey Street Books, un sello de HarperCollins Publishers.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: febrero de 2024

© de la traducción del inglés, Matilde Schoenfeld, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Impresión y encuadernación: Limpergraf
Depósito legal: B. 1.071-2024
ISBN: 978-84-1100-230-1

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Introducción: Dar en el blanco oculto	11
1. ¿Don o trabajo duro?	23
2. Genio y género	51
3. Evita la burbuja del prodigio	75
4. Imagina el mundo como lo hace un niño	93
5. Desarrolla el deseo de aprender	111
6. Encuentra la parte que falta	137
7. Aprovecha lo que te hace diferente	155
8. Rebeldes, inadaptados y alborotadores	181
9. Sé como el zorro	203
10. Piensa «al revés»	225
11. Ten suerte	247
12. Muévete rápido y rompe cosas	269
13. Ahora, relájate	291
14. ¡Hora de concentrarse!	307
Epílogo: Resultados inesperados	323
Agradecimientos	327
Notas	329
Créditos de las fotografías	393

¿Don o trabajo duro?

¿Coeficiente intelectual (CI) o muchos coeficientes?

«¡No hay respuesta! ¡No hay respuesta! ¡No hay respuesta!», gritaron a coro cien alumnos universitarios ávidos en la primera sesión de mi «curso sobre genios» mientras yo los alentaba. Los alumnos, por lo general, quieren una respuesta que puedan meter en su mochila al salir de clase, y que puedan desplegar después en un examen, pero considero que es importante comenzar el curso planteando este argumento. En realidad, no hay una respuesta ante la simple pregunta de qué es lo que impulsa la genialidad, si el genio nace o se hace.

Este tema siempre es motivo de debate en mis clases. Los tipos cuantitativos (de carreras como Matemáticas y Ciencias) piensan que la genialidad es resultado de poseer dones naturales; sus padres y maestros suelen decirles que nacieron con un talento especial para el razonamiento cuantitativo. Los deportistas (atletas universitarios) piensan que los logros excepcionales se deben al trabajo duro: sin dolor no hay ganancia; los entrenadores acostumbran a enseñarles que sus éxitos son resultado de horas interminables de entrenamiento. Entre los politólogos novatos hay conservadores, es decir, quienes piensan que la genialidad es un don otorgado por Dios; y liberales, que consideran que es estimulada por un ambiente enriquecedor. ¿Uno

nace genio o se hace? Ambas posturas tienen partidarios entre mis alumnos. De manera similar, a lo largo de la historia, los genios han tomado partido.

Platón dijo que la capacidad de hacer cosas extraordinarias era un don de los adivinos y de los dioses.¹ Pero Shakespeare parecía poner una gran fe en el libre albedrío y la iniciativa independiente cuando escribió: «La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos» (*Julio César*). Por otro lado, el naturalista inglés Charles Darwin declaró en su autobiografía: «La mayoría de nuestras cualidades son innatas».² Más recientemente, la filósofa francesa Simone de Beauvoir declaró: «Uno no nace genio, uno se hace genio».³ El argumento va y viene: dotación natural frente a trabajo duro.

Los genios tienen el hábito de no reconocer sus propios dones ocultos y dejar que sean los demás quienes los descubran. Giorgio Vasari (1511-1574), el célebre biógrafo de los grandes artistas del Renacimiento, se maravillaba con los talentos innatos de Leonardo da Vinci con estas palabras: «Algunas veces, de un modo sobrenatural, un simple cuerpo es dotado suntuosamente con tal belleza, gracia y habilidad que adonde sea que el individuo vaya, cada una de sus acciones es tan divina que deja atrás a todos los demás hombres y claramente se hace conocido como un genio dotado por Dios (lo que es él)».⁴ Uno de los dones de Leonardo era la aguda observación visual; tenía la capacidad de «congelar un fotograma» de un objeto en movimiento (las alas extendidas de un ave en vuelo, las patas de un caballo al galope que no toca el suelo, los remolinos de un ondeante río). «La libélula vuela con cuatro alas, y cuando las del frente se levantan, las de atrás descienden», registró Leonardo en un cuaderno alrededor del año 1490.⁵ ¿Quién lo hubiera dicho?

El archirrival de Leonardo, Miguel Ángel, tenía una memoria fotográfica y una coordinación perfecta mano-ojo que le permitía dibujar líneas con relaciones proporcionales precisas.⁶ Tesla era un alumno que aprendía rápidamente porque él también tenía una memoria eidética y podía citar, entre otras cosas, cada línea del *Fausto* de Johann Wolfgang von Goethe. Vasili Kandinski, Vincent van Gogh, Vladimir Nabokov y Duke Ellington nacieron con sinestesia; cuando escuchaban música u observaban palabras o números, veían colores. También Lady Gaga, quien en una entrevista que en 2009 le hizo *The Guardian*, explicó: «Cuando escribo canciones escucho melodías y escucho la letra, pero también veo colores; veo el sonido como una pared de colores».⁷

En 1806, Ludwig van Beethoven, en medio de una de sus famosas rabietas temperamentales, espetó a alguien de alto rango, Karl Max, príncipe de Lichnowsky: «Príncipe, usted es lo que es por un accidente de nacimiento; yo soy lo que yo soy por mí mismo. Ha habido y habrá miles de príncipes; pero Beethoven solo hay uno».⁸ A esto podríamos responder, con todo respeto: «Es cierto, Ludwig, pero tú también eres un accidente de nacimiento. Tu padre y tu abuelo fueron músicos profesionales, y es probable que fuera de ellos de quienes heredaste, entre otras cosas, tu don del oído absoluto y la memoria musical».

El oído absoluto es hereditario y se transmite en las familias, aunque es un talento que solo se le da a uno entre diez mil. Michael Jackson, Frank Sinatra, Mariah Carey, Ella Fitzgerald, Bing Crosby, Stevie Wonder, Dmitri Shostakóvich y Mozart también fueron dotados con el oído absoluto. Mozart también nació con una extraordinaria memoria fonográfica (memoria de los sonidos), así como motográfica, lo cual significa que podía mover sus manos

instantáneamente al lugar o la tecla correctos en el violín, el órgano y el piano, y coordinar en su mente los sonidos musicales con el lugar en que los crearía. Todos sus dones musicales eran evidentes a los seis años de edad. Eso solo podía ser por naturaleza.

El nadador olímpico ganador de veintitrés medallas de oro, Michael Phelps, tiene el cuerpo de un tiburón y algunas veces hace carreras contra uno.⁹ Pero Phelps nació con una ventaja ergonómica: tiene la estatura perfecta para nadar (1,93 metros), unos pies atípicamente grandes (aletas) y brazos más largos que la mayoría. Por lo general, como muestra el famoso *Hombre de Vitruvio* de Leonardo, el alcance de una persona es igual a su estatura; no obstante, la envergadura de Phelps (dos metros) es 7,62 centímetros más larga. Pero Phelps, como antes sugerí, no es un genio. Dotado como está para la natación, no ha hecho nada para cambiar la disciplina ni para influir en un suceso en las Olimpiadas.

Simone Biles, a quien *The New York Times* llama «la más grande gimnasta estadounidense de todos los tiempos», es un caso distinto.¹⁰ Su extraordinaria habilidad atlética ha revolucionado la gimnasia. El 9 de agosto de 2019 se convirtió en la primera persona en ejecutar un doble mortal al salir de la barra de equilibrio, y también un triple-doble mortal en un ejercicio de suelo, con lo que elevó a cuatro el número de habilidades gimnásticas que tienen su nombre. Cada nuevo movimiento requería que los jueces crearan un nuevo «código de puntos de dificultad». En contraste con el nadador Phelps, Biles, la gimnasta transformadora, es bajita (1,42 metros), compacta y tiene una densa musculatura. Como resultado, puede permanecer firme y sólida en giros y saltos mortales, y conservar la velocidad. «Nací así por algo, por lo tanto, lo voy a aprovechar», dijo en 2016,¹¹

refiriéndose a su compacta estructura física. Pero al mismo tiempo, en el vídeo educativo de una clase magistral de 2019, enfatizaba: «Realmente, tuve que enfocarme en lo fundamental para poder estar donde estoy: cómo hacer los ejercicios, practicar mucho lo básico, hacer el trabajo mental».¹² ¿Se nace genio o se hace?

La expresión «se nace o se hace» fue popularizada por Francis Galton, un primo de Charles Darwin, en su libro *Hereditary Genius: An Inquiry into Its Laws and Consequences* [El genio hereditario: investigación de sus leyes y consecuencias, 1869]. Galton estudió a casi mil individuos «eminentes» (un puñado de hombres británicos, incluyendo a algunos de sus propios parientes). No tienes que ser un genio para adivinar la opinión de Galton sobre el tema: la genialidad está presente en líneas familiares directas y es hereditaria; tu potencial te es legado en el nacimiento.

En la primera página de *Hereditary Genius*, Galton afirmó que sería posible «obtener por cuidadosa selección una variedad permanente de perros o de caballos dotados con poderes peculiares para correr o para hacer cualquier otra cosa», así como «una raza de hombres altamente dotados tras matrimonios juiciosos durante varias generaciones consecutivas».¹³ Olvida, si puedes, que la noción de Galton de la cría selectiva fue el punto de partida para la eugenesia, que condujo a los campos de exterminio del nacionalsocialismo. Galton simplemente estaba equivocado: no puedes crear un supercaballo ni una «raza superdotada de hombres» por medio de la reproducción selectiva.¹⁴ Para comprobarlo, vayamos al derbi de Kentucky de 1973; te voy a presentar a un caballo llamado Secretariat.

Una tarde soleada de primavera, el 5 de mayo de 1973, yo estaba de pie tras la valla en el puesto de los tres cuartos de milla en Churchill Downs. Tenía en la mano dos boletos de apuesta al ganador de dos dólares cada uno, uno lo había comprado para mí, apostando por un caballo llamado Warbucks, y otro para un amigo que apostó al favorito: Secretariat. Cuando los caballos entraron a la pista para el calentamiento, Warbucks apareció primero con unas probabilidades de siete a uno. El animal parecía pequeño, pero tal vez en las carreras de caballos no había una correlación entre el tamaño y la velocidad. Tras la aparición de algunos caballos más, con probabilidades de tres a dos, llegó Secretariat, una criatura inmensa con un pecho tremendo y un brillante pelaje color café. Y tenía garbo. Si Dios fuera un caballo, sería como él.

Y arrancaron. Secretariat ganó la carrera de tres cuartos de milla en 1 minuto y 59,4 segundos, y todavía conserva el récord del derbi, y también el de otras carreras de la Triple Corona. Mi caballo llegó en último lugar. Al no tener el don de la visión de futuro, hice cola durante cuarenta y cinco minutos para cobrar los tres dólares de la apuesta de dos dólares de mi amigo. Debí haberle dado a él los tres dólares y conservado el boleto para venderlo hoy en eBay. Pero ¿quién podría haber anticipado la existencia de eBay y que Secretariat, hoy conocido como «genio de las carreras» se convertiría en el caballo del siglo y tal vez de todos los tiempos?

Es posible que el talento sea heredable, pero la genialidad no lo es. La genialidad, o el logro excepcional, en el caso de un caballo, no es heredada de sus congéneres de anteriores generaciones; es algo más parecido a una tormenta perfecta. Cuando le hicieron la autopsia a Secretariat, encontraron que su corazón pesaba 9,5 kilogramos, el doble

de lo que pesaba el de su padre, Bold Ruler. Secretariat provenía de una línea de purasangres buena, pero de ningún modo excepcional, y no dejó una progenie extraordinaria. Fue padre de cuatrocientos caballos, y de toda esa descendencia solo uno ganó alguna vez una carrera de la Triple Corona. Lo mismo pasa con la mayoría de los genios: no provienen de padres excepcionales.¹⁵ Sí, hay seis pares de ganadores de premios Nobel que son padres e hijos, y una madre y una hija (Marie Curie e Irène Joliot-Curie).¹⁶ Tal vez el caso más fascinante es la cohorte de Johann Sebastian Bach y sus tres hijos, Carl Philipp Emanuel, Wilhelm Friedemann y Johann Christian, pero estas familias son la excepción que confirma la regla. Piensa en los cuatro hijos de Picasso (ninguno fue un pintor brillante), observa el arte de Marguerite Duthuit, la hija de Matisse, en la web, o escucha un concierto para piano de Franz Xaver Mozart (con un oído supermusical, pero sin imaginación), y valora por qué los genios tienden a no producir genios. Piensa en todos los genios (Leonardo, Miguel Ángel, Shakespeare, Isaac Newton, Benjamin Franklin, Tesla, Tubman, Einstein, Van Gogh, Curie, Frida Kahlo, Martin Luther King, Andy Warhol, Jobs, Toni Morrison y Elon Musk) que parecen haber llegado de la nada. Einstein insinuó que el linaje no es un buen predictor de la genialidad cuando afirmó: «La exploración de mis ancestros [...] no llega a nada».¹⁷ El argumento es este: la genialidad es un evento explosivo y aparentemente azaroso que surge de la combinación de muchos fenotipos personales. Entre ellos, inteligencia, resiliencia, curiosidad, pensamiento visionario y más que una pizca de comportamiento obsesivo.¹⁸ Los psicólogos lo llaman *emergénesis*;¹⁹ nosotros, los legos, preferimos la expresión *tormenta perfecta*. Puede ocurrir, pero es muy poco probable.

Galton no sabía del trabajo de Gregor Mendel, el genio que nos brindó una comprensión científica de las unidades de la herencia llamadas genes. Galton tampoco podía conocer el trabajo de Havelock Ellis, *A Study of British Genius* [Un estudio de la genialidad británica], de 1904, en el que intentaba demostrar con estadísticas que la mayoría de las veces los genios son primogénitos varones, en las cuales no incluyó, de forma conveniente, a Isabel I, a Jane Austen y a Virginia Woolf, que además de pertenecer al sexo femenino, no fueron hijas primogénitas, sino la tercera, la séptima y la sexta, respectivamente, por ejemplo.²⁰ En la actualidad, el pensamiento de Galton, Mendel y Ellis forma la base de lo que se denomina *determinismo biológico* o *teoría del plano o mapa de la vida*: tus genes brindan una plantilla en la que está grabado todo aquello en lo que te convertirás. Pero como podrás sospechar, la teoría de la predeterminación del mapa de la vida no es la respuesta en lo que se refiere a la genialidad.

Es posible que la respuesta se encuentre en la ciencia moderna de la *epigénesis* ('a continuación de la génesis'). El epigenoma está compuesto por pequeñas etiquetas vinculadas a cada gen de nuestro genoma. Nuestro crecimiento, desde el nacimiento hasta la muerte, está sujeto a la labor de estos «interruptores de encendido o apagado», ya que estos controlan la posibilidad de que nuestros genes se expresen y el momento en que lo harán. En términos más sencillos, los genes son el lado del *se nace* de las cosas, y el epigenoma es el lado del *se hace*. Cómo nos hacemos, el ambiente en el que vivimos y cómo controlamos ese ambiente y a nosotros mismos influye en la activación de nuestros genes. Una vez más, los componentes del epigenoma son detonadores del desarrollo genético estimulado por el ambiente. Como afirmó el neurocientí-

fico Gilbert Gottlieb, no solo los genes y el ambiente cooperan conforme nos desarrollamos, sino que los genes necesitan una aportación del ambiente para funcionar correctamente.²¹ Los componentes del epigenoma contienen la posibilidad de que cada uno de nosotros tenga el control para determinar en qué se quiere convertir, si está dispuesto a trabajar para lograrlo.

¿Alguna vez has oído hablar de un genio perezoso? No. Los genios tienen el hábito de trabajar duro porque se obsesionan con lo que hacen. Más aún, cuando hablan en público de su trabajo creativo, tienden a valorar mucho menos el papel que desempeñan en él las características que heredaron de sus progenitores («dones») que su propio trabajo, como sugieren las siguientes citas de algunos genios occidentales: «Si supieras cuánto trabajo se invirtió en ello, no lo llamarías genio» (Miguel Ángel), «Yo me desanimaría si no pudiera continuar trabajando tan duro o incluso más todavía» (Vincent van Gogh), «La genialidad es resultado del trabajo duro» (Maxim Gorki), «Yo no creía en los fines de semana, no creía en las vacaciones» (Bill Gates), «No hay talento ni genio sin trabajo duro» (Dmitri Mendeléiev), «Lo que separa al individuo talentoso del exitoso es mucho trabajo duro» (Stephen King), «Yo trabajé muy duro cuando era joven para no tener que trabajar tan duro ahora» (Mozart), «Las personas pueden no obtener todo por lo que trabajan en este mundo, pero definitivamente deben trabajar por todo lo que reciben» (Frederick Douglass), «Nadie ha cambiado jamás el mundo con una semana de cuarenta horas» (Elon Musk) y «Dios da talento; el trabajo transforma el talento en genio» (Anna Pávlova). Yo alguna vez también lo creí así.

He aquí un chiste que tal vez te resulte conocido: un joven músico llega a Nueva York e ingenuamente pregun-

ta: «¿Cómo se llega a Carnegie Hall?». Y alguien le responde: «¡Con práctica!». Yo lo intenté y no funcionó. El trabajo duro tiene sus límites.

Mi instrucción musical empezó a la edad de cuatro años en un piano Acrosonic con clases del amistoso Ted Brown; a los seis años, progresé tanto que hasta llegué a tocar un Baldwin de cola de 1,80 metros y con los mejores maestros de Washington, D. C. Quería ser concertista de piano (mi meta era ser el siguiente Van Cliburn), así que ingresé y me gradué de la prestigiosa Eastman School of Music. Para cuando cumplí veintidós años, había practicado aproximadamente dieciocho mil horas, pero sabía que nunca lograría ganar un centavo como concertista de piano. Tenía todas las ventajas: unas manos enormes, y dedos largos y delgados, la mejor instrucción y una sólida ética del trabajo. Solo me faltaba una cosa: un gran don para la música. Sí, tenía talento, pero no un sentido excepcional del tono, ni memoria musical, ni coordinación mano-oído; nada extraordinario. Además, tenía una herencia genética negativa: era susceptible al pánico escénico (no es una ventaja cuando una diferencia de un milímetro en un piano o un violín puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso). Todavía hoy, este «fracaso para despegar» como pianista me obliga a preguntarme si el trabajo duro, en sí mismo, transforma el talento en genio. ¿Es cierto que la práctica hace al maestro?

Lo es, según Anders Ericsson, el abuelo de la disciplina de la pericia en el desempeño. Comenzando con un artículo en 1993 en *Psychological Review* y continuando con su libro en coautoría titulado *Número uno: secretos para llegar a lo más alto en todo lo que te propongas* (2017), Ericsson postuló que la grandeza humana no es un don genético, sino simplemente el resultado del trabajo duro y la disciplina, diez mil horas de práctica enfocada. La evidencia de Erics-

son para su teoría provino en un inicio de estudios en los que él y otros psicólogos rastreaban la mejora de violinistas y pianistas en la Academia de Música de Berlín Oeste.²² Se analizaron la duración y la calidad de la práctica de alumnos de edad similar, pero con distintos grados de pericia en la ejecución (desde maestros de música de secundaria hasta futuras estrellas internacionales). El resultado: «Concluimos que los individuos adquieren virtualmente todas las características distintivas de los ejecutantes expertos por medio de actividades relevantes (práctica deliberada)».²³ La promesa de la regla de las diez mil horas era atractiva y muchas personas se subieron al tren de la «práctica», incluyendo a humanistas de primer nivel, como el premio Nobel Daniel Kahneman (*Pensar rápido, pensar despacio*) y David Brooks («Genius: The Modern View»), así como Malcolm Gladwell, el autor del *bestseller* *Fuera de serie: por qué unas personas tienen éxito y por qué otras no* (en el que incluye el capítulo «El problema con los genios»). Pero hay un problema; en realidad, hay dos.

En primer lugar, los psicólogos de Berlín cometieron el error de no medir la habilidad musical de los alumnos. No compararon manzanas con manzanas, sino que compararon a músicos con talento con los verdaderamente superdotados. La habilidad natural extraordinaria hace que la práctica sea divertida y fácil, lo que alienta al participante a querer hacer más.²⁴ Los padres y los pares tienden a impresionarse y a alabar a aquellos a quienes las cosas no les cuestan trabajo, con lo que fortalecen el ciclo de retroalimentación positiva. Ericsson y compañía confundieron causa y efecto. El catalizador inicial es el don natural, la práctica es uno de sus resultados.

En segundo lugar, y lo más importante, la ejecución de élite por definición implica «ejecutar» (en latín *performa*):

lidar (*per*) con algo a lo que alguien ya le dio forma (en latín, *forma*). Una ejecución excepcional puede ser útil si eres un genio matemático en busca de la raíz cuadrada de un número imposiblemente largo, o un contador de cartas en un casino en Las Vegas, un atleta que espera lograr un tiempo récord escalando el monte Everest o un concertista de piano intentando tocar el «Vals del minuto» de Frédéric Chopin en cincuenta y siete segundos. Pero fue otra persona quien inventó el juego, el acontecimiento atlético o la composición musical. El genio llega a la cima de la montaña cuando inventa algo nuevo y transformador, como el funicular o el helicóptero. La práctica puede perfeccionar lo viejo, pero no produce innovación.

Ahora, el lector atento habrá inferido lo obvio: talento natural frente a trabajo duro no es una oposición binaria. La genialidad es producto tanto de nacer como de hacerse. Para probar este argumento propongo un concurso. Lo llamo «la carrera de los 250 millones de dólares hacia Catar». Nuestros concursantes serán dos pintores: monsieur Paul Cézanne (1839-1906) y el señor Pablo Picasso (1881-1973). El objetivo es crear la pintura más valiosa que jamás haya sido vendida a un potentado en Catar. Cézanne tiene la delantera por haber nacido primero.

Como alumno en Aix-en-Provence, Paul Cézanne, hijo de un banquero, mostró más proclividad hacia la literatura que hacia el arte. A la edad de quince años recibió instrucción formal en dibujo, y no fue hasta los veintidós años, después de un breve periodo en la Facultad de Derecho, cuando se comprometió con la pintura. Después de dos años de aprender su oficio en París, envió algunas obras al salón oficial de la Academia de las Bellas Artes para su exhibición, pero fueron rechazadas. Volvió a enviar obras nuevas casi cada año durante los siguientes veinte años, y ob-

tuvo el mismo resultado negativo. Al fin, en 1882, a los cuarenta y tres años de edad, llegó la acogida oficial.²⁵

Pablo Picasso nació en el otoño de 1881, hijo de un pintor: José Ruiz y Blasco. El joven Picasso podía dibujar antes de poder hablar. Su obra *El viejo pescador* (apellidado Salmerón), ejecutado en una hora a la edad de trece años, es una obra maestra de perspicacia psicológica y técnica pictórica. Un crítico de arte, tras ver otras pinturas exhibidas por el chico, reportó en *La Voz de Galicia*: «Tiene un glorioso y brillante futuro por delante».²⁶ Sin haber cumplido aún los catorce años, Picasso consiguió ser admitido en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. Como dijo un compañero estudiante acerca del prodigio: «Estaba mucho más adelantado que otros alumnos que eran cinco o seis años mayores. Aunque en apariencia no prestaba atención a lo que decían los profesores, instantáneamente comprendía lo que le enseñaban».²⁷ Cuando tenía veintitantos años, Picasso creó la más impresionante serie de pinturas originales que el mundo jamás haya o hubiera visto: los trabajos del periodo rosa, del periodo azul con sus arlequines, las obras maestras de inicios del cubismo y sus primeros *collages*. Si se valoran sus pinturas solo en términos monetarios, se diría que creó las mejores alrededor de los veinticinco años de edad.²⁸ Más adelante, su obra *Mujeres de Argel* (1955) sería comprada por el jeque Hamad bin Jassim bin Jaber bin Mohammed bin Thani al-Thani, de Catar, quien pagó por ella 180 millones de dólares. Picasso, poseedor de inmensos dones naturales, era único en su clase.

Sin embargo, Cézanne continuó trabajando en sus estudios en París y en Aix. A finales de la década de 1880, a la edad de casi cincuenta años, artistas vanguardistas comenzaban a admirar su excepcional énfasis en las formas geométricas y los colores planos. Durante la década pre-

via a su muerte en 1906, medio siglo después de haber entrado a la escuela de arte, Cézanne creó sus obras más importantes.²⁹ En 1907 se montó una retrospectiva de sus pinturas en París, a la que asistieron los Jóvenes Turcos del mundo del arte: entre ellos, Picasso, Matisse, Braque y Modigliani.³⁰ «Cézanne es el padre de todos nosotros», declaró Picasso.³¹ En 2011, *Los jugadores de cartas* fue vendido a la familia real de Catar por 250 millones de dólares, 70 millones más que el Picasso.

Pero ¿qué son 70 millones entre amigos? Declarémoslo un empate. Obviamente, hay dos rutas muy diferentes hacia la genialidad creativa; una, evidente a primera vista (poseer los dones necesarios), y la otra, más disimulada (la laboriosa superación personal). Ambas son necesarias, pero ¿en qué proporción? Los que defienden la postura de la práctica dicen que más del 80 % del resultado lo determina el trabajo duro, mientras que otros psicólogos recientemente sugirieron reducir ese número, dependiendo del campo de actividad, a cerca de 25 %.³² Para adquirir una nueva percepción de la importancia relativa del don y el trabajo, le pregunté al respecto a Nathan Chen, un joven genio de mi curso de Yale.

Así como Simone Biles es hoy la gimnasta estadounidense clasificada como número uno, de la misma manera Chen es el patinador artístico estadounidense clasificado como número uno y también es ganador de medallas olímpicas. Chen fue el primer patinador en ejecutar un salto cuádruple, y con ello llevó el deporte a una nueva esfera atlética más alta y obligó a los jueces a descifrar una nueva métrica de dificultad. Como Biles, Chen es comparativamente bajo (1,67 metros) y tiene una proporción alta de músculo en su peso. Lo que sigue es lo esencial de lo que tiene que decir sobre el don y el trabajo duro.

En mi opinión, hay factores genéticos en juego en este campo: estatura, proporciones corporales, fuerza general y capacidad para mejorar con rapidez la memoria muscular. Pero además hay una serie de factores genéticos que no puedes ver en realidad y que son más difíciles de cuantificar. Entre ellos están la habilidad para no dejarse dominar por el estrés y para, internamente, elaborar estrategias y corregir el curso durante una competición. Así que yo diría que un 80 % se debe a cómo naces. Los atletas con medallas de oro llegan a un cien por cien acumulado: un 80 % de nacimiento (genes y suerte) y el 20 % de trabajar para hacerse. Los atletas que están dotados naturalmente un 60 % (por nacimiento) deben maximizar el 20 % (trabajo) para pensar siquiera en competir contra los mejores (como los atletas dotados en un 90 % a cien por cien). Por lo tanto, es difícil decir qué es más importante, si nacer o hacerse. Ambos factores son importantes, pero al final del día, no importa lo duro que entrenes en tu especialidad deportiva, si no tienes la capacidad genética, es casi imposible que logres ser el mejor.³³

Chen, astutamente, incluyó la «suerte» entre los dones naturales, reconociendo que también ayuda haber nacido con suficientes recursos y oportunidades educativas. Finalmente, sugiere, sin importar la proporción entre los dones y el trabajo duro, que para llegar a la cima de lo que elijas hacer debes contar con ambos elementos al nivel máximo.

Nos hemos obsesionado con un don natural en particular: el coeficiente intelectual (CI). La medición cuantitativa de la inteligencia se empezó a practicar en 1905, cuando Alfred Binet diseñó y publicó una prueba que permitiría identificar a las personas que aprendían con lentitud en las

escuelas públicas de París para poder brindarles asistencia después.³⁴ En 1912 el término alemán *Intelligenzquotient* (de donde proviene el inglés *intelligence quotient* o coeficiente intelectual) se había convertido en lugar común. Alrededor de la misma época, los militares estadounidenses empezaron a emplear una prueba estandarizada que determinaba la aptitud mental para identificar a los candidatos a la escuela de entrenamiento de oficiales. Lo que había iniciado como un ejercicio de educación reparadora pronto se convirtió en una puerta de acceso al estatus de élite. Después de que Lewis Terman, psicólogo de Stanford, comenzara a estudiar a un grupo de niños superdotados con un CI mínimo de 135 (cien es considerado el promedio) en la década de 1920, una puntuación de CI excepcionalmente alta llegó a asociarse con la genialidad. Todavía hoy en día, Mensa, una autoproclamada «sociedad de genios» fundada en Oxford, Inglaterra, en 1946, requiere que los aspirantes a ser miembros demuestren tener como mínimo un CI de 132. Algunos educadores de la «industria de los niños superdotados» han ido más allá y han identificado una jerarquía del talento: un CI de 130 a 144 es moderadamente dotado; de 145 a 159 es altamente dotado; de 160 a 174 es excepcionalmente dotado, y de 175 o más es profundamente dotado. Sin duda, Stephen Hawking estaba en lo correcto cuando dijo en 2004: «Las personas que presumen su CI son perdedoras».³⁵ Marie Curie nunca realizó una prueba de CI, como tampoco lo hizo Shakespeare, así que ¿cómo sabemos cuán listos eran? Es más, ¿qué significa *ser listo*?

Las pruebas de CI implican la lógica y emplean las reglas de las matemáticas y del lenguaje. Pero en ningún lugar de una prueba de CI se dan puntos por las respuestas creativas o por expandir las posibilidades de estas. El

frustrado Thomas Edison identificó las limitaciones de aplicar la lógica pura a un problema en 1903 y reprendió a un aprendiz no creativo diciéndole: «Ese es exactamente tu problema, solo has intentado cosas razonables. Las cosas razonables nunca funcionan. Gracias a Dios que ya no puedes pensar en más cosas razonables, así que tendrás que empezar a intentar cosas no razonables, cuando lo hagas no tardarás en encontrar la solución».³⁶

La lógica razonable difiere de la ingenuidad creativa; «pensar dentro de la caja»,* según la metáfora, difiere de pensar fuera de ella. El procesamiento cognitivo estrictamente lógico, como es el implicado en una prueba de CI, y la creatividad, de la clase practicada por un artista como Picasso, son dos cosas diferentes. Picasso probablemente habría estado de acuerdo con Stephen Jay Gould, de Harvard, cuando dijo: «La abstracción de la inteligencia vista como una simple entidad, su localización dentro del cerebro, su cuantificación como un número para cada individuo y el uso de estos números para clasificar a la gente en una sola serie según su valía» puede ser desaconsejable.³⁷

En 1971 la Corte Suprema de Estados Unidos declaró unánimemente que el uso de una prueba de CI como una precondition para obtener un empleo era ilegal.³⁸ El Scholastic Aptitude Test (SAT), la prueba estandarizada utilizada para la admisión en la universidad en Estados Unidos no es ilegal, pero también es un estándar imperfecto para evaluar a personas con mentes potencialmente transformadoras.³⁹ Como muestran recientes datos económicos, las

* Alusión al libro *Pensar dentro de la caja*, de Jacob Aagaard, donde el autor describe su filosofía de aprendizaje del ajedrez. (*N. del t.*)

calificaciones del SAT reflejan el nivel de ingresos y la educación de los padres de un alumno, así como el potencial logro de este.⁴⁰ Más de mil colegios y universidades, incluyendo la prestigiosa Universidad de Chicago, han dejado de usar el SAT (y el American College Testing [ACT], una prueba muy similar) como requisito de admisión.⁴¹ En diciembre de 2019, alumnos de un distrito escolar en California, la mayoría de color e hispanos, demandaron a la Universidad de California para que dejara de utilizar pruebas estandarizadas como estas, y seis meses después el Consejo de Regentes estuvo de acuerdo por unanimidad.⁴² Como las pruebas de CI, el SAT se relaciona con mejores calificaciones en educación preparatoria y en el primer año de universidad, así como con el éxito posterior y un mayor nivel de ingresos en algunos campos especializados.⁴³ Sin embargo, hasta ahora nadie ha demostrado una correlación entre tales pruebas y la capacidad para escribir una sinfonía, y tampoco ha explicado cómo la curiosidad darwiniana y la paciencia pueden medirse en un examen de tres horas.

Más recientemente, muchas escuelas privadas de élite estadounidenses, incluyendo Phillips Exeter Academy, Dalton School, Horace Mann School o Choate Rosemary Hall, también han abandonado tanto los cursos como el programa Advanced Placement (AP).⁴⁴ «Los alumnos muchas veces pueden percibir la tensión que sienten sus profesores, que se debaten entre el deseo de responder las preguntas que les plantea su grupo y ocuparse de los temas que interesan en el aula, o preparar a los alumnos para una prueba que no fue fijada por la escuela», dijo la doctora Jessica Levenstein, directora de la división superior de Horace Mann School en 2018.⁴⁵ Tal «enseñanza para la prueba» no solo restringe la curiosi-

dad, sino que también contribuye al estrés y a que los alumnos pidan a los profesores que suban sus calificaciones sin una razón legítima.

El 17 de abril de 2018 fui galardonado por Phi Beta Kappa,* en la Universidad de Yale, con la Medalla DeVane por la excelencia en la enseñanza universitaria y la educación. Al caminar por el salón la noche de la ceremonia del galardón y escuchar las cosas agradables que se decían de mí, no pude evitar pensar en lo irónico de la situación. Yo había sido un alumno de nueves en Bachillerato, pero no había logrado llegar al cuadro de honor. Nunca habría podido ir a Yale como estudiante universitario (aunque la universidad tenía un muy buen programa de música), así que no hice la solicitud. Aunque había realizado una serie de cursos inconexos, de invierno a verano, no me gradué en la universidad con honores. Cuando llegó la hora de realizar los estudios de posgrado, fui aceptado por Harvard, Princeton y Stanford, pero no por Yale. Ni en un millón de años habría sido elegido para formar parte de Phi Beta Kappa en ningún lugar. Mi esposa, Sherry, era la lista de la familia (*summa cum laude* en Yale y miembro de Phi Beta Kappa), pero hacía mucho tiempo que ya me había alertado del hecho de que algunas veces los alumnos llegaban al umbral del grado Phi Beta Kappa evitando los riesgos: matriculándose en los cursos que concordaban con facilidad con sus dones naturales. Tal vez los miembros legítimos de Phi Beta Kappa eran muy buenos para realizar exámenes, pero no para asumir riesgos, eran más conformistas que los pensadores inconformistas.

* Sociedad académica de Estados Unidos creada para promover la excelencia en los estudios universitarios y llevar a los estudiantes más destacados a las universidades más prestigiosas. (*N. del t.*)

Un artículo de Adam Grant, profesor de Wharton Business School, titulado «What Straight-A Students Get Wrong» [«Lo que los alumnos de diez no comprenden»], confirmó mis sospechas. Publicado por el *New York Times* en diciembre de 2018, el ensayo argumentaba que las calificaciones no son un marcador fiable del éxito, y menos de la genialidad. Dice Grant: «La evidencia es clara: la excelencia académica no es un indicador contundente de la excelencia profesional. En todas las industrias la investigación muestra que la correlación entre calificaciones y desempeño en el trabajo es modesta el primer año después de la universidad, y trivial unos cuantos años más adelante. Por ejemplo, en Google, las calificaciones de los empleados, una vez transcurridos dos o tres años desde que salieron de la universidad, no tienen ninguna relación con su desempeño». Según la explicación de Grant: «Los grados académicos rara vez evalúan cualidades como la creatividad, el liderazgo y las habilidades del trabajo en equipo, o la inteligencia social, emocional y política. Sí, los alumnos que obtienen solo dieces dominan el almacenamiento de información y su regurgitación en los exámenes. Pero el éxito profesional rara vez consiste en encontrar la solución correcta a un problema: consiste, más bien, en encontrar el problema correcto que hay que resolver».⁴⁶ La conclusión de Grant trae a mi mente un chiste contado desde hace mucho tiempo en las salas del ámbito académico: «A los alumnos de diez los contratan para enseñar en las universidades, y los de nueve consiguen puestos relativamente buenos trabajando para los de ocho».

Si las pruebas de CI, SAT y las calificaciones son poco fiables para predecir el éxito profesional, son todavía peores

para predecir la genialidad. Generan tanto falsos positivos (aquellos que parecen destinados a la grandeza pero no lo son) como falsos negativos (aquellos que parecen no ir hacia ningún lado, pero al final cambian el mundo). Por supuesto, ocasionalmente, existen genios verdaderos que sobresalen en la escuela, como Marie Curie (la mejor de su clase a los dieciséis años de edad), Sigmund Freud (*summa cum laude* en educación preuniversitaria) y Jeff Bezos (*summa cum laude* y Phi Beta Kappa en Princeton). Una prueba de buena reputación para identificar a jóvenes dotados en la Universidad Johns Hopkins identificó el potencial de Mark Zuckerberg, Sergey Brin (cofundador de Google) y Stefani Germanotta (Lady Gaga).⁴⁷ Por otro lado, en una famosa «prueba de genios» que Lewis Terman y sus colegas llevaron a cabo en Stanford, desde la década de 1920 hasta la de 1990, una cohorte de mil quinientos jóvenes con CI superior a 135 al final no logró producir un solo genio.⁴⁸ Como reportó después un colega de Terman: «No hubo un ganador de un Premio Nobel. No hubo un Premio Pulitzer. No tuvimos un Picasso».⁴⁹

Aún más importante es considerar los falsos negativos: aquellos genios que podrían *no* haber tenido buenos resultados en uno de los habituales test de CI y que *no* habrían sido elegidos para Phi Beta Kappa. Los primeros expedientes académicos de Charles Darwin eran tan malos que su padre predijo que sería una desgracia para su familia.⁵⁰ Winston Churchill también fue un mal alumno, y admitió: «Donde mi razón, mi imaginación o mi interés no estaban involucrados, yo ni podía ni quería aprender».⁵¹ Los premios Nobel William Shockley y Luis Álvarez no superaron la prueba para genios de Stanford porque sus resultados en el test de CI fueron demasiado bajos.⁵² La transformadora novelista J. K. Rowling confesó tener «una distintiva falta

de motivación en la universidad», y que su expediente poco distinguido era el resultado de pasar «demasiado tiempo en la cafetería escribiendo historias y demasiado poco tiempo en clases». ⁵³ Lo mismo sucedía con Thomas Edison, quien se describe como alguien que «no estaba a la cabeza» de su clase, «sino a los pies». Einstein se graduó en cuarto lugar en su grupo de cinco físicos en 1900. ⁵⁴ Steve Jobs obtuvo un promedio de calificación (GPA)* de 2,65; Jack Ma, el fundador de Alibaba (el equivalente chino de Amazon), realizó el *gaokao* (el examen de educación nacional chino) y de las ciento veinte preguntas de Matemáticas acertó tan solo diecinueve, y eso en su segundo intento; ⁵⁵ y Beethoven tuvo dificultades para sumar números y nunca aprendió a multiplicar ni a dividir bien. Walt Disney era un alumno por debajo de la media, y con frecuencia se quedaba dormido en clase. ⁵⁶ Finalmente, Picasso no pudo memorizar la secuencia de letras del alfabeto y veía los números simbólicos como representaciones literales: veía el dos como el ala de un pájaro o el cero como un cuerpo. ⁵⁷ Al parecer, las pruebas estandarizadas habrían fallado para reconocer a todos estos genios.

Entonces ¿por qué las seguimos utilizando? Continuamos confiando en pruebas estandarizadas porque son justo eso: estandarizadas. Una serie común de preguntas puede utilizarse para evaluar y comparar el desarrollo cognitivo de millones de estudiantes, una ventaja en países como Estados Unidos y China, que tienen grandes poblaciones. Para ganar en eficiencia, sacrificamos en amplitud y comprensión. Pruebas como el SAT y el *gaokao* chino establecen una

* La escala GPA (*grade point average*) es la suma de todas las calificaciones a lo largo de toda la escuela preparatoria (equivalente a nuestro Bachillerato), dividida entre el número total de créditos. En la mayoría de los casos, el valor máximo suele ser de cuatro. (*N. del t.*)

única medición para un único problema tradicional, en lugar de alentar estrategias que pongan en duda una premisa o reconsideren un concepto en un mundo siempre cambiante. Validan el logro de una meta predeterminada en lugar de crear una que todavía no ha sido intuida. Privilegian un rango limitado de habilidades cognitivas (matemáticas y verbales) por encima de la interacción emocional y social. La cuestión no es sugerir que deberíamos abandonar las pruebas que miden el potencial humano, sino que la prueba tiene que ser lo suficientemente amplia, flexible y detallada para poder cumplir su función. Aunque las pruebas estandarizadas actuales son eficientes, son demasiado estrechas en su intención y en sus contenidos para predecir el éxito en la vida, y mucho menos la genialidad.

Los coreógrafos Martha Graham y George Balanchine sobresalieron en inteligencia corporal cinestésica; Martin Luther King y Mahatma Gandhi, en inteligencia interpersonal; Virginia Woolf y Sigmund Freud, en inteligencia intrapersonal; James Joyce y Toni Morrison, en expresión verbal y lingüística; Auguste Rodin y Miguel Ángel, en razonamiento visual y espacial; Bach y Beethoven en agudeza auditiva; y Einstein y Hawking, en razonamiento lógico-matemático. Los siete campos de la actividad antes nombrados son las siete modalidades del intelecto humano planteadas por Howard Gardner, de Harvard: son las famosas *inteligencias múltiples*, tal como él mismo las denominó.⁵⁸ Son mentalidades específicas de disciplinas de las que surge la creatividad. Algo determinante dentro de cada una de estas disciplinas creativas son los múltiples rasgos de personalidad: inteligencia, curiosidad, resiliencia, persistencia, tolerancia al riesgo, confianza en uno mismo y capacidad para trabajar duro, entre otras. Hago referencia a la propia capacidad para utilizar numerosos rasgos como

estos al servicio de la genialidad, como el cociente de múltiples rasgos (*Many Traits Quotient*, MQ).

J. K. Rowling ha vendido más libros (500 millones) que casi cualquier otro escritor vivo y ha generado en los jóvenes un frenesí por la lectura. En su discurso a los graduados de la Universidad de Harvard en 2008 exaltó las virtudes del fracaso y enfatizó la importancia de la imaginación y la pasión en la vida.⁵⁹ En una publicación en su página web de 2019 hizo una lista de las que para ella son las cinco cualidades personales que debe tener un escritor que quiera tener éxito como tal: amor por la lectura (curiosidad), disciplina, resiliencia, valentía e independencia.⁶⁰ Si estas características personales parecen importantes para una genio como Rowling, ¿por qué no construir una prueba de bases amplias para medirlas? Tal vez estamos cometiendo un error al obsesionarnos con las pruebas preuniversitarias como el SAT y el *gaokao*. Tal vez en lugar de una prueba para calificar el aprendizaje de los temas que se enseñan en la escuela (como el SAT), necesitamos un test de aptitud para genios (GAT, por sus siglas en inglés) que incluya los MQ.⁶¹ Así, el GAT estaría dividido en subsecciones, entre ellas, la prueba de aptitud para el trabajo duro, la prueba de aptitud para la pasión, la prueba de aptitud para la curiosidad, la prueba de aptitud para la confianza en uno mismo y la prueba de aptitud para la resiliencia (WHAT, PAT, CAT, SCAT y RAT, por sus siglas en inglés, respectivamente).

¿Cuál debería ser la puntuación de un estudiante en la prueba de aptitud para genios para entrar ya fuera a Hogwarts o a Harvard? No muy alta. Muchos expertos hoy en día creen que el único registro de inteligencia necesario para sobresalir en ciencias es un CI de entre 115 y 125. Más allá de eso, casi no hay una correlación entre puntos

adicionales de CI y el discernimiento creativo.⁶² Los científicos Richard Feynman, James Watson y William Shockley no tuvieron puntuaciones más altas que eso y ganaron el premio Nobel en sus respectivos campos. El *graduate record exam* (GRE, examen de registro para graduados), una prueba estandarizada instituida en 1949 en las escuelas de posgrado, tiene una puntuación perfecta de ochocientos (la mayoría de los programas requiere un mínimo de setecientos puntos) y se emplea como una manera rápida de descartar a candidatos «no cualificados». Pero mis propios treinta años de experiencia leyendo solicitudes para la formación de posgrado de Yale me sugieren que una puntuación en el GRE de solo quinientos cincuenta puntos de los ochocientos es una suficiente demostración de potencial. De hecho, un artículo de 2014 publicado en *Nature* y titulado «A Test That Fails» [«Una prueba que falla»], citó a William Sedlacek, profesor emérito de Educación de la Universidad de Maryland, del College Park, diciendo que él encontró «solo una débil correlación entre la prueba y el éxito final».⁶³ Él recomendó reducir el énfasis en el GRE y aumentar los procedimientos de admisión que valoran otros atributos (como el dinamismo, la diligencia y la disposición a asumir riesgos). En cuanto a la puntuación de la prueba que Sedlacek estaría dispuesto a aceptar, dice que con cuatrocientos puntos bastaría.⁶⁴

Finalmente, ¿es posible que las universidades de la Ivy League estén en sí sobrevaloradas?⁶⁵ Un estudio entre los ganadores del premio Nobel sugiere que ser admitido en Harvard, Yale o Princeton no es más necesario para la grandeza de lo que significa ser admitido en *cualquier* universidad clasificada entre el 15 % de las mejor valoradas.⁶⁶ ¿Por qué, entonces, los padres estadounidenses y chinos intentan falsificar las puntuaciones del SAT y sobornan a

los oficiales de admisión para que sus hijos entren en una codiciada universidad «tipo Ivy»? Precisamente ese tipo de fraude académico ha estado ocurriendo, como se reveló en 2019 gracias a una operación realizada por el FBI, la llamada Operación Varsity Blues.⁶⁷ ¿Por qué los padres se arriesgarían a recibir multas o ser encarcelados por inflar los resultados de una prueba de valor cuestionable? ¿Por qué privarían a sus hijos de la oportunidad de aprender del fracaso y desarrollar resiliencia? En Yale, Rudy Meredith (a quien nuestra hija y yo solíamos ver entrenar al equipo de fútbol) se declaró culpable de solicitar 865.000 dólares para falsificar las calificaciones de dos estudiantes solicitantes.⁶⁸ Para empeorar las cosas, casi cada año por lo menos un colegio o una universidad es criticado por inflar los resultados de los alumnos recién ingresados.⁶⁹ Pero como he afirmado ante generaciones de aspirantes a Yale cuando los llevo a conocer el campus junto con sus padres, «en realidad, hay por lo menos trescientas excelentes universidades en Estados Unidos», y no importa mucho a cuál de ellas vayan. «Lo que importa no es la escuela, sino lo que está dentro de ti (o de tus hijos).»

Pero los mitos antiguos no mueren fácilmente (el CI es el criterio de referencia de la genialidad, el SAT es la puerta del éxito, cualquier facultad que no esté en Harvard, Yale o Princeton es inferior). Tal vez deberíamos dar un paso atrás para preguntarnos si nuestra dependencia de valoraciones como el CI y las pruebas estandarizadas y nuestra obsesión con la educación de élite están creando la clase de ciudadanos que queremos que sean los líderes de nuestra sociedad. ¿Privilegiamos un sistema que premia el don natural del análisis cognitivo (CI) o uno que valora los rasgos múltiples de carácter (MQ), incluyendo el CI? El número de genios que son «falsos negativos» ya mencio-

nados (Beethoven, Darwin, Edison, Picasso, Disney, Jobs y todos los demás) sugiere que la genialidad es mucho más que un CI elevado y que *listo* puede significar muchas cosas. El reto es encontrar un medio de valoración para hacer pruebas que descubran la genialidad oculta. En este sentido, es oportuno mencionar un dicho que se atribuye a Einstein: «Todo el mundo es un genio. Pero si juzgas a un pez por su habilidad para subirse a un árbol, vivirá toda su vida pensando que es estúpido».⁷⁰